

Por esto se ve que estos pueblos tienen imaginación y pasará mucho tiempo para que se constituyan y sean felices, porque les falta una cualidad indispensable, y es: la constancia, base del progreso y positivo adelanto material é intelectual.

Con todo, Colombia y Venezuela han sido notables en la historia contemporánea; sus hombres están adornados con la auréola del genio y, cuando estos dos pueblos se constituyan y entren en las vías de la paz y el progreso, las necesidades de la época los obligará á entrar en esas vías, y así como produjeron hombres notables para la guerra, producirán hombres distinguidos para la industria y las artes de la paz.

Como mi deseo de llegar á México me obliga á dejar este país, por el que iba adquiriendo grandes simpatías, me preparo á arreglar mi equipaje y me despido de tí hasta llegar á San Thomas. Adios, María querida.

San Thomas, Mayo 12 de 1881.

QUERIDA MARIA:

Llevo en este puerto cuatro días, y ántes de marchar para Puerto Rico, te pongo dos renglones para darte una pequeña idea de él.

Tan luego como el vapor se aproxima á la bahía, que aunque es mediana tiene muy buen fondeadero y está muy bien abrigada, se presenta á la vista del viajero la ciudad de San Thomas en tres grupos de casas formando pirámides, porque están situadas en las partes mas

salientes de los cerros que tienen á su espalda. La parte baja la ocupa la calle principal que forma una ondulacion y está paralela á la bahía; esta calle es alegre, porque en ella están situados los hoteles y las casas de comercio; desde todos los puntos que se miran á la parte del cerro, el ojo se recrea á la pintoresca é irregular situacion de las casas pintadas de diversos colores con sus techos de zinc ó de lata pintada de rojo. Si el espectador sube un poco por las calles que conducen á la parte superior de la poblacion, disfrutará de un panorama imponente, dominando las alturas de la parte inferior la bahia con todos los vapores y buques anclados en ella, y mas allá el horizonte. De noche y desde un buque, esta caprichosa conformacion de la ciudad presenta un aspecto fantástico por sus tres pirámides iluminadas, que semejan fuegos artificiales y que se reproducen en las aguas.

La poblacion en general es negra y solamente los comerciantes, la mayor

parte daneses, pocos franceses, italianos y españoles, son los únicos blancos.

Aunque muchas negras visten bien, la mayor parte se presenta extravagante; aparece, por ejemplo, una con su vestido blanco de moda, un gran sombrero de palma gacho y sin zapatos; otra con la mitad de ellos en la parte delantera del pié, como una especie de pico de loro que mira para arriba y muy viejos; por otro lado viene una con el vestido de moda limpio ó sucio y recogido mas abajo de la cintura, como las estatuas griegas, y las piernas al aire, pañuelo rojo, amarillo ó blanco en la cabeza á guisa de turbante.... en fin, cada negra se presenta como le da la gana, con los desfiguros mas extravagantes que se puedan imaginar, y por lo mismo pintorescas, á propósito para pintar un cuadro típico.

Hay dos templos, uno católico y el otro protestante, la fachada de éste es de arquitectura griega y sostenido por cuatro columnas.

Existe un pequeño paseo en el extremo Sudeste de la ciudad y frente á la bahía, con un kiosko en el centro, al que se sube para tomar refrescos ó licores.

El aspecto de San Thomas es agradable, y aunque tiene algun movimiento comercial, no es el que habia diez años atrás en que la ciudad era puerto de depósito y en él se surtian algunas de las islas vecinas; hoy, con el aumento de vapores que llevan sus efectos á las mencionadas, ese movimiento ha disminuido, viviendo tan solamente del poco comercio que hacen los vapores que tocan, que hay días que son hasta seis y otras veces ninguno.

Como me propongo ver y examinar todo lo que existe en las poblaciones que voy tocando, te diré, que en punto á mujeres, á pesar de que hay muchas familias extranjeras, no ví una sola bonita, y en general son raquílicas, desairadas de facciones y descoloridas; así serán tal vez las danesas; los hombres son de mejor figura.

No hallo ya qué decirte de la isla de San Thomas y por lo mismo me despidó hasta otro punto en que pueda dirigirte una nueva carta.

Adios.

En alta mar, Mayo 20 de 1881.

MARIA QUERIDA:

Por una verdadera distraccion no he seguido el órden cronológico que debiera, hablándote, ántes de mi última que dirigí de San Thomas, de Mayagüez, poblacion de Puerto Rico; pero en la presente voy á corregir esta omision.

De la Guaira pasamos á la mencionada en tres dias, llegando el domingo á las nueve de la mañana. Como Mayagüez está en plano y atrás, á poca distancia, están los cerros, desde léjos

no se nota su importancia, y sin embargo, la poblacion con el paisaje y los bosques de palmeras forma una herradura á la bahía, y allá entre la vegetacion, se miran en primer término las primeras casas y por entre los árboles alguna que otra altura y especialmente las dos torrecitas de la catedral.

Llegado que hube al muelle, llevado por una lancha, desembarqué y me dirigí al hotel español, que queda allí inmediato, así como otros mas adelante, en la calle que rompe al centro. Para penetrar á él, se toma el tranvai que conduce á uno por cinco centavos. Al paso se miran á los lados algunas casas de alegre apariencia, forma un poco americana, con sus corredores ó ventanas para la calle; será como de media legua la distancia que se recorre, y apeándose el viajero á una cuadra de la plaza, se dirige á ella y la encuentra formada por un cuadrado, cuyos lados los compone la catedral; á los ángulos derecho é izquierdo, líneas de casas altas y bajas, y al frente la municipalidad

y el Correo, con arcos y un corredor largo.

Decoran la plaza asientos de piedra, un buen enlosado y algunos arbolitos. Las calles son de un ancho proporcionado y las casas en general, de madera y mampostería, de azotea, y las más siempre con su mirador. Detenido el espectador en cualquier punto, mira al extremo de las calles el campo ó faldas del cerro, tapizadas de una vegetación exuberante y luciendo siempre la linda palmera. Algunas veces se veían muchachas puertorriqueñas, ya paseando ó ya apoyadas en los barandales de sus miradores, y aunque había algunas graciosas, se les notaba sin embargo ese aspecto enfermizo de la gente de la costa y lo esbelto de las mujeres de esta isla. Como era día de fiesta el día que permanecí en la ciudad, no ví abiertas las casas de comercio ni puedo dar cuenta del movimiento que pueda haber en esta línea, pues en lo general, estas poblaciones, en el día de trabajo tienen toda su importancia.

No ví mas templo que el de la catedral ó parroquia, cuyo interior es de tres naves, de una arquitectura sencilla y su exterior también insignificante. Después de haber recorrido la población, me volví á mi hotel en la noche, y al otro día zarpó el vapor, á las doce, dirigiendo su quilla para Ponce, al que llegamos á las nueve de la noche. Amaneció el otro día, y desde cubierta observé el panorama de la ciudad, que tiene frente al muelle algunas bodegas y casas de empleados y de allí parte un pequeño tren de vapor á la población, que quedará á poco más de media legua y cuyas casas se miran envueltas entre las arboledas y palmeras.

Por una inercia que no comprendo, me privé de visitar á Ponce, y aunque muchos momentos lo intenté, se pasó el día sin verificarlo, de lo que después me arrepentí, porque los pasajeros que lo visitaron, me dijeron que era más importante y más bonito que Mayagüez.

Al otro día, miércoles, nos hicimos á la

vela para San Thomas y llegamos, siempre con magnífico tiempo, el miércoles 11, á las ocho y media de la mañana.

Como ya te hablé de éste, termino aquí para decirte en otra dos, palabras de Puerto Rico. Adios.

Alta mar, Mayo de 1881.

MARIA:

Dos veces habia estado en diversas ocasiones frente á Puerto Rico; pero no habia saltado á tierra porque el vapor no se detenia lo bastante. Esta vez sí me detuve un dia y tuve ya ocasion de conocer la ciudad: en efecto, desde alguna distancia, allá entre la bruma, se distinguen las primeras casas de Puerto Rico y las fortificaciones que defienden la ciudad por la parte Norte; á medida que uno se va acercando, se aclara mas el panorama y se descubren mas edifi-

cios; pero, cuando la vista goza de un espectáculo mas agradable, es cuando, dando vuelta el buque al entrar en la bahía, se desarrolla una aglomeración de aquellos, pintados de todos colores y colocados unos sobre otros formando como un anfiteatro; á los lados se miran algunos trozos del cerro; en primer término los mas notables hoteles y mas abajo el muelle con algunos buques y botes surtos en ella.

Al entrar á las primeras calles de la ciudad, disminuye un poco el encanto que seduce al viajero al mirar de lejos su panorama, porque se encuentra con la estrechez de aquellas, su irregularidad en el piso y la carencia de buena arquitectura en las casas, que son anticuadas y pesadas; todas ellas, sin excepcion, tienen una especie de balcon de madera, elevando unas delgadas columnitas que sostienen una ceja ó tejado y, si bien es cómodo para librarse de los rayos del sol, la vista que produce no es muy agradable por carecer de proporciones arquitectónicas, pues son

una especie de esqueletos de madera pintada de verde atacados á los balcones.

Dos ó tres calles no muy largas, son las mas importantes, en las que se miran pulperías y tiendas de ropa, algunos restaurants y cafés grandes de buena apariencia, porque eso sí, los españoles en este particular se esmeran en tenerlos espaciosos y buenos en todas sus ciudades, acaso porque son mas sociales que los franceses, ingleses, etc., ó en ellos van á reposar de las tareas del día, solazándose entre las dulces expansiones de la amistad. Ni en los Estados Unidos ni en otras ciudades de Europa, he visto mas cafés y mejores que en las de España, y esto corrobora lo que llevo dicho.

Recorrí la mayor parte de las calles, porque el recinto que las contiene no es muy extenso; pasé á la plaza de armas que es un cuadrilongo un poco elevado su nivel sobre el de las calles y no tiene mas adornos que algunos arboles que lo rodean pegados á una

especie de almena corta sobre el pretil, que da á la plaza una apariencia anticuada, añadiendo á este aspecto el de la pequeña catedral blanqueada y cuya fachada es albañilesca.

Los cuarteles son edificios pesados y sin arreos arquitectónicos; eso sí, desde muy lejos se miran los cañones, los montones de balas de diversos calibres y los centinelas que se pasean con las armas al hombro, fuera de los muchos que andan por las calles, cuyo uniforme consiste en saco y pantalón de algodón azul claro cenizo y sombrero de jipi. Todo este aparato está manifestando á leguas una amenaza contra los colonos que pronuncien solamente la palabra emancipación. Al considerar el estado de opresión en que gimen todavía las Antillas Españolas en el continente americano, que respira por todas partes independencia y libertad, experimenté una sensación desconsoladora por el contraste que presenciaba y por un momento, al pisar el suelo de Puerto Rico, me parecía que yo formaba parte

de sus colonos y que sentía el peso de las cadenas de la dominación; hasta me sentía abatido; pero cuando levanté la cabeza y recordé que era de un país que se mece en las auras de la libertad y corre presuroso por la ancha vía del progreso, gocé de una expansión infinita y lamenté la suerte de estos isleños.

Podrá objetarse que los pueblos hispano-americanos independientes no gozan de completa paz y aún no se constituyen definitivamente; pero esto entra en el orden de las cosas. Unos países nuevos, con hábitos viciosos, educados en la ignorancia y amamantados en la superstición, no podían producir buenos frutos inmediatamente y era necesario que experimentaran un sacudimiento al recorrer un nuevo camino, al entrar á una nueva era.

Los partidarios de la opresión dicen que Cuba y Puerto Rico gozan de libertad, tienen ferrocarriles y disfrutan de las comodidades que brinda la civilización de la época; pero yo digo que de todo esto no son dueños su natura-

les y que son extranjeros en su propio país, porque los verdaderos amos son los españoles; mientras que la República Argentina, México, Chile y hasta las pequeñas repúblicas de Centro-América, como Costa Rica, Nicaragua, Guatemala y otras, están ya cruzadas de vías férreas, tienen vida propia y han entrado definitivamente á la vía del progreso: estos sí pueden exclamar con orgullo: *«todo esto es nuestro, somos libres é independientes, ya no necesitamos de tutores.»*

Cuando volví yo á bordo, me acompañaban en la lancha dos españoles, y se suscitó una conversacion sobre lo felices que eran sus dos Antillas, gracias al sabio régimen de la Península; uno de ellos, en el calor del entusiasmo sobre lo ilustrado y paternal de su gobierno, apostrofó de una manera acre á las repúblicas independientes, porque se habian separado de España y no se disfrutaba en ellas de verdadera libertad.

¡Qué coincidencia! A las anteriores

reflexiones que surgieran en mi mente al hallarme en tierra, sobre la situación política de las dos Antillas, y que quedan apuntadas, brotaron idénticas ideas en los dos peninsulares y que acabo de transmitir, quedando contestadas con el final de aquellos, y añadiendo, que los hechos consumados han manifestado mejor lo que hay sobre el particular.

Llegamos á bordo, y dos horas despues, el capitán daba sus órdenes para desatracar el vapor, que á poco se dió á la vela, encaminando su quilla para Puerto Plata.

Este pertenece á la Isla de Santo Domingo y sus habitantes en general son negros y mulatos, habiendo entre ellos muy pocos blancos, descendientes de los españoles que poseyeron esta colonia.

Por supuesto que Puerto Plata es una poblacioncita de poquísima importancia como ciudad y como puerto, pues constando la poblacion de Santo Domingo de trescientos mil habitantes

se debe calcular el movimiento comercial que pueda tener el segundo.

En el momento que atracó el vapor, salí á dar una paseada por las calles de la poblacion, que recorrí en poco mas de una hora.

Ví la iglesia, que parece mas bien una galera larga y cuyo costado derecho cae á la plaza principal y su frente mira al Oeste.

La casa municipal es de dos pisos y su fachada forma el lado Este de la misma plaza; esta tiene unos cuantos arbolitos y asientos de cal y canto con una pequeña fuente en el centro.

En seguida me dirigí á la plaza del mercado, que es una especie de patio grande con portales en su circunferencia interior, en los que hay algunos puestos de carne y negros vendiendo verduras y alguna que otra fruta.

En las pocas callecitas sin empedrar y con grandes charcos y lodazales, se mira uno que otro transeunte: las tiendas de comestibles son pocas y pequeñas; apéras ví una que otra ferretería

y depósito de mercancías europeas que se introducen al interior de la isla y, nada mas.

Intencionalmente salí del vapor sin desayunarme, porque por variar, me propuse verificarlo en Puerto Plata; pero, ¡qué chasco me pegué! anduve algunas calles buscando un café y no lo encontraba: pregunté á un transeunte que pasaba, y me indicó una casa en cuya antepuerta tenia un rótulo mal pintado que decia: "Fonda y Café."

Entro á la tal fonda, y me encontré con una salita de mala muerte, en el centro una mesita larga, unas sillas de bejuco algo desvencijadas y en la pared, colgados, unos cuadritos de estampas de pacotilla, iluminadas con colores chillones, que representaban las batallas de Napoleon.

Una mujer escuálida con dos chicos en camisa y un jóven, que sería el criado, y también de mala facha, era lo que constituía la patrona y la servidumbre de la fonda.

Pregunté qué era lo que habia que

desayunar ó almorzar; y la mujer aquella me contestó: "que el almuerzo no estaba hecho aún," sin embargo de que eran ya las nueve; pero que café ó chocolate sí lo había.

Pedí lo primero, porqué consideré que el chocolate estaría detestable, y lo segundo, aunque no sería muy bueno, quedaba neutralizada su mala clase con una poca de leche, añadiendo un par de huevos pasados por agua.

Como á la media hora de estar yo allí sentado entreteniendo el hambre con la vista de las estampas y haciendo reminiscencia de los heróicos hechos del grande hombre del siglo, llegó el criado con un jarrito de leche y dos ó tres tórtas de pan en un plato, rodeadas de cuatro terrones de azúcar y dos huevos.

¡Vaya una fonda! dije en mi interior, cuya despensa la tiene en la tienda de la esquina, y para cada pasajero que llega á desayunarse ó á comer, es necesario que el criado salga á comprar lo necesario para preparar uno de estos

artículos. ¡Y era esta la mejor fonda de Puerto Plata!

En todos los lugares que recorrí, no ví mas que dos señoras grandes que entraban al templo; pero en las calles no encontré persona alguna decente.

Frente al cuartel habia algunos oficiales mulatos y soldados idem, dándose aquellos su importancia por la presilla.

No teniendo que ver otra cosa, regresé al vapor, que salia á la una para la Habana, de la que escribiré para hacer-te la ligera descripcion que te ofrecí hace tiempo y que no habia verificado oportunamente y desde la primera vez que conocí la ciudad, por no trastornar el orden de mi narracion.

Disfruta de salud, amiga mia.